

Vicisitudes del pragmatismo clásico: experiencia y acción como continuos del pensamiento

Vicissitudes of classical
pragmatism: experience
and action as continuums of
thought

Edgar Sandoval*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO

edgar.sandoval@uacm.edu.mx

ORCID: 0009-0006-5674-6196



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

doi: 10.48102/rdff.v58i160.412

Revista de Filosofía · año 58 · núm. 160 · enero-junio 2026 · ISSN: 0185-3481 (impreso) 2954-4602 (en línea) · pp. 16-46

Resumen

El propósito de este artículo es examinar, en el marco de las vicisitudes del pragmatismo clásico, la experiencia y la acción como continuos del pensamiento. Se pretende, asimismo, esclarecer estas dos nociones en los diferentes pragmatismos, los cuales suscitan concepciones distintas del interés de dicha filosofía. El texto está dividido en tres partes: en la primera se presenta la herencia kantiana, se hace énfasis en la idea de autodeterminación a través de la acción; en la segunda se identifican algunas disputas académicas, con el fin de elaborar una crítica a las fantasías lógicas derivadas de razonamientos sin situaciones; en el tercer y último apartado se analizan la experiencia y la acción en correspondencia con el pensamiento y la creencia, en este espacio, se atienden aspectos del pragmatismo jamesiano.

PALABRAS CLAVE: Pragmatismo, semiótica, experiencia, fantasía lógica, acción, pensamiento y creencia.

Abstract

The purpose of the article is to examine, within the framework of the vicissitudes of classical pragmatism, experience and action as continuums of thought; it is also intended to clarify these two notions in the different pragmatisms, which give rise to different conceptions of the interest of this philosophy. The text is divided into three parts, in the first part the Kantian heritage is presented, emphasizing the idea of self-determination through action, in the second part some academic disputes are identified, with the purpose of criticizing the logical fantasies derived from reasoning without situations, in the third and last section, experience and action are analyzed in correspondence with thought and belief, and aspects of Jamesian pragmatism are dealt with in this section.

KEYWORDS: Pragmatism, semiotics, experience, logical fantasy, action, thought and belief.

Recepción 26-06-2025 / Aceptación 8-08-2025

doi: 10.48102/rdf.v58i160.412

* Profesor-Investigador en el Posgrado en Humanidades y Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ganador del VI Concurso de ensayo académico palabras autónomas Gedisa-UACM. Coordinador de *Habitar la ciudad. Consideraciones ontológicas y éticas* (LAMBDA, 2025) y de *Danza y filosofía: aproximaciones fenomenológicas y culturales* (UACM-UAA, 2025), compilador de *Filosofía de la significación. El lenguaje en la obra de Raymundo Mier Garza* (UACM, 2024), autor de *¿Qué es esa cosa llamada filosofía?* (UACM-BE, 2024). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel 1. Miembro ordinario del Círculo Latinoamericano de Fenomenología. Scholars de la International Advisory Committee (IAC). Peirce Society. Miembro del comité editorial de Andamios. Revista de Investigación Social, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

I. El pragmatismo clásico: la herencia kantiana

El sufijo *pragma*, presente en el término *pragmatismo* —nombre con el que Charles Sanders Peirce, a finales del siglo XIX, dio a conocer su filosofía— indica, en apariencia, la relevancia de la noción de acción para este movimiento filosófico. El lógico de Johns Hopkins se vio influido por múltiples filósofos, así como por una tradición lógica compleja, pero el pragmatismo de Kant hace mayor eco en su filosofía, a tal grado que a Peirce se le conoce como el “Kant de Norteamérica”. Su filiación con la obra del filósofo de Königsberg es conocida, llegó a memorizar la *Crítica de la razón pura*, se sirvió de ella para su propio pensamiento, el cual es un kantismo sin sujeto trascendental. Con anterioridad a Kant, Aristóteles empleó la noción en su filosofía práctica. Sin embargo, Kant, en la *Antropología en sentido pragmático*, cursos que dictó a partir de 1785 y publicó en 1798, propuso, en el uso de la razón y en la acción que se desprende de ella, la posibilidad de la libertad y autodeterminación del hombre.

La antropología pragmática no sólo es una disputa con la concepción determinista del hombre por su naturaleza —promovida por la antropología en sentido físico—, también es un programa filosófico que pone en el centro de dicha disciplina el examen de la acción. “No se trata aquí de lo que la naturaleza hace del hombre, sino de lo que éste hace de sí mismo; pues lo primero es cosa del temperamento (en que el sujeto es en gran parte pasivo), y únicamente lo último permite ver que tiene un carácter”.¹

La acción en Kant, además de estar relacionada con la razón, está en correspondencia con el temperamento y el carácter. El temperamento

¹ Immanuel Kant, *Antropología en sentido pragmático* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, FCE/UAM-I/UNAM, 2014), 201.

es ampliamente discutido en la *Antropología* con relación al ánimo y al carácter que afectan el entendimiento. Kant, tanto en *Antropología* como en *Lógica*, identifica el carácter como una fuerza que permite escapar de las leyes de la naturaleza y, así, instaurar un orden social y cultural en donde reine la libertad y la autodeterminación. En su extraordinario análisis sobre el temperamento melancólico que aquejaba a Kant, Bartra encontró este rechazo del filósofo de Königsberg a la naturaleza.

Kant temía que el orden y las leyes naturales se impusieran sobre su libre albedrío y se oponía obsesivamente a toda fuerza —humana, natural o divina— que limitase o determinase la autonomía del hombre. Esta obsesión por la libertad convirtió a Kant en un impulsor del romanticismo, a pesar de que detestaba todas las manifestaciones románticas.²

Tal vez, la atención hacia lo “interior” en la *Antropología en sentido pragmático* se debe a que el ánimo es, en buena medida, el freno y, paradójicamente, el impulso para la acción. Frases como: “no tengo ánimo” o variantes como: “estoy desanimado” y su contrario “estoy animado”, indican la relación entre ánimo y acción. Kant, en su *Antropología*, además de la controversia con la antropología de Buffon, señala similitudes entre el romanticismo y la Ilustración en cuanto al tema del ánimo y el carácter. Parecería una contradicción, por parte de Kant, indicar que la acción está guiada por la luz de la razón y, al mismo tiempo, determinada por la oscuridad del carácter; en la guía mencionada hay racionalidad, en la determinación hay irracionalidad.

Kant estudia las enfermedades del temperamento, no como psicólogo, sino como un filósofo que busca identificar los delirios y diferenciarlos de los pensamientos.

² Roger Bartra, *El duelo de los ángeles: locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno* (Valencia: Pre-Textos, 2004), 50.

El hipocondriaco es un cazador de grillos (fantaseador) de la más lamentable especie; obstinado en no dejar disuadirse de sus imaginaciones, y estando siempre encima del médico, que tiene sus penas con él y no puede tranquilizarle de otro modo que a un niño (con píldoras de migas de pan en lugar de medicinas); en cuanto este paciente, que por tener perpetuos achaques no puede nunca ponerse enfermo, consulta sus libros de medicina, se hace completamente insoportable porque cree sentir en su cuerpo todos los males que lee en el libro.³

A pesar del interés de Kant por identificar las enfermedades del temperamento que afectan el pensar, así como relacionarlo con el carácter, su filosofía es formal. El imperativo categórico, por ejemplo, exige que la acción contenga la ley universal del deber, así, las acciones están al margen de las situaciones y del medio social. La acción, con la ley moral, se convierte en un ideal, persigue el bien, al tiempo que está en correspondencia con otros ideales, como la belleza y la verdad. En Kant, la acción que cumple con el imperativo categórico es buena, bella y verdadera. Pero lo es en términos ideales, abstractos, es decir, formales.

Con el pragmatismo no se renuncia a estos ideales, pero no se toman como tales (abstractos y formales), sino como fines reales, concretos y de acuerdo a situaciones concretas. El pensamiento se origina, para los pragmatistas, en respuesta a situaciones. En “La base del pragmatismo en las ciencias normativas” (1906), Peirce comprende la acción en relación con la lógica, la ética y la estética, al mismo tiempo analiza cómo estas tres ciencias se relacionan entre sí. De igual manera, como el título mismo lo indica, Peirce se aparta del pragmatismo, el cual fue malinter-

³ Kant, *Antropología*, 110.

pretado por James, Dewey, Mead y otros; incorpora, para marcar una diferencia, la doctrina denominada por él *pragmatismo*. Desarrolla, a su modo, el pragmatismo de Kant a tal punto que es recibido, por el pragmatismo clásico, como programa de investigación y de reflexión que intenta sistematizar la filosofía para hacerla práctica, en el sentido de concreta, útil, para convertirla en herramienta e instrumento.

La filiación entre Kant y Peirce acerca del tema de la acción suscita las siguientes interrogantes: ¿Qué es la acción? ¿Por qué se actúa? ¿Para qué se actúa? ¿Con base en qué se actúa? Muchas de estas preguntas son respondidas por parte del pragmatismo clásico, en un marco de discusión similar al de Kant, a saber: el peso de la naturaleza sobre las acciones humanas. Pero, la diferencia sustancial radica en que el pragmatismo deja atrás las polaridades, rompe con los dualismos y rehúsa las disputas estériles que pueden conducir a fantasías lógicas o promover cazadores de grillos, rompe también con la tradición filosófica, la cual concibe a la experiencia en términos pasivos. Propone una concepción activa y dinámica en relación con la acción, las creencias y los pensamientos. La experiencia, para Peirce y muchos de los miembros reunidos en torno al Club Metafísico, sirve, en buena medida, de fundamento al pensamiento, de igual manera está en correspondencia con el sentido común.

James, en *Las variedades de la experiencia religiosa: estudio de la naturaleza humana*, y Dewey, en *Naturaleza humana y conducta: introducción a la psicología social*, muestran continuidades, más que oposiciones, entre la conducta y la naturaleza. Dewey, con ayuda de la teoría de la evolución, comprende las relaciones de la conducta con el entorno, los aprendizajes desprendidos de dicha relación, la modificación de las conductas con base en los aprendizajes adquiridos; también ve la moralidad como freno de los impulsos naturales. Se suman a la discusión los temas del hábito y la significación.

Una de las funciones principales de la moralidad es controlar la naturaleza humana. Cuando tratamos de controlar algo nos damos perfecta cuenta de lo que se nos resiste; así tal vez los moralistas llegaron a pensar que la naturaleza humana es mala, porque observaron su resistencia a someterse a control y su rebeldía a aceptar el yugo; pero esta explicación hace surgir otra pregunta: ¿Por qué estableció la moralidad preceptos tan ajenos a la naturaleza humana? Si las finalidades sobre las que insistía y las reglas que imponía no eran, después de todo, sino productos de tal naturaleza humana ¿Por qué, entonces, ésta les era tan contraria?⁴

La naturaleza humana es un presupuesto filosófico y científico lo bastante fuerte como para arrancarlo de raíz. El presupuesto está presente tanto en la filosofía antigua como en la moderna, sostiene que la naturaleza humana conduce a los hombres al mal, a la estupidez, al delirio e, incluso, cuando se le deja desarrollar sin orden racional, a la locura. El Estado y la moralidad, en estas visiones, frenan y limitan la naturaleza. Dewey no considera que la naturaleza afecta de manera activa al ser humano, éste también afecta a la naturaleza, la moldea con sus acciones. Las acciones no son impulsos innatos, reacciones instintivas o reflejos automáticos, más bien son respuestas inteligentes, creativas, libres, voluntarias e imaginativas al entorno, así como a las acciones de los demás.

En términos políticos y sociales, el pragmatismo se aparta de pensar un modelo abstracto de gobierno bajo la figura del Estado, más bien analiza las asociaciones entre individuos, las cuales persiguen fines comunes, concretos y realizables. El pragmatismo como filosofía social se interesa, entre otras cosas, por la democracia. Dicho régimen no se consigue solamente a través de votaciones o de cuestiones meramente políticas. La democracia, como asunto social, está en relación con la educación. Es una forma de

⁴ John Dewey, *Naturaleza humana y conducta: introducción a la psicología social* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1975), 13.

vida social, plural, abierta; quizá su signo más distintivo sea la deliberación. La democracia es la forma más genuina de asociarnos.

Podemos admitir que toda conducta es el resultado de una *acción recíproca* entre elementos de la naturaleza humana y el medio natural y social que la rodea. Veremos entonces que el progreso procede en dos formas y que la libertad se encuentra en aquella clase de acción recíproca que mantenga un medio ambiente en el que el deseo y la elección humanos tengan alguna significación. [...] Cuando consideramos el problema como un ajuste al que debe llegarse inteligentemente, la cuestión se desplaza de dentro de la personalidad hasta llegar a ser un asunto de construcción, de establecimiento de artes de educación y orientación social.⁵

Dewey, en colaboración con Mead, desarrolló ideas de Peirce y de James, con énfasis especial en la educación y la estética. Para Dewey, los actos, gobernados enteramente por la naturaleza o por el Estado, son mecánicos, es decir, respuestas instintivas, sin voluntad ni libertad, de quien los ejecuta. Los actos, al ser efectos de la educación, adquieren aspectos estéticos, en particular se caracterizan por ser creativos e inteligentes, también por formar hábitos.

El pragmatismo clásico —movimiento filosófico y científico de Norteamérica, en el cual se agrupa a Peirce, James, Holmes, Dewey, Royce, Mead, entre otros— se vio envuelto en polémicas por las distintas tradiciones filosóficas que recibió. La mayoría de los pragmatistas coinciden en que la fundación de dicha doctrina la realizó Peirce, pero toman de él aspectos muy distintos. James indica: “El término se deriva de la misma palabra griega *pragma*, que quiere decir ‘acción’, de la que vienen nuestras palabras ‘práctica’ y ‘práctico’. Fue introducido por primera vez en la

⁵ Dewey, *Naturaleza humana*, 21.

filosofía por Mr. Charles Peirce, en 1878. En un artículo titulado ‘How to Make Our Ideas Clear’, en *Popular Science Monthly* de enero de aquel año”.⁶

Por su parte, Dewey afirma: “Los orígenes del pragmatismo se remontan a Charles Sanders Peirce”, también ve en él al fundador de la lógica simbólica de relaciones. “Por desgracia Peirce no fue en absoluto un escritor sistemático y nunca expuso sus ideas en la forma de un único sistema. El método pragmático por él desarrollado se aplica sólo a un universo de discurso muy estrecho y limitado”.⁷

La oscuridad con la que el lógico norteamericano presentó su doctrina llevó a pensar que se trataba de una simple reforma de la lógica, pero, como mencionamos, es más que eso; es también una concepción antropológica, en donde la acción está en correspondencia y reciprocidad con la naturaleza. En “Espíritu, persona y sociedad”, G. H. Mead descarta, de igual manera, una consideración abstracta de la naturaleza. La experiencia, al ser dinámica, al estar presente en la interacción y en la acción, modifica la naturaleza, así como los pensamientos. Dewey relaciona la experiencia con el control, enfatiza temas como la voluntad, la libertad y los fines comunitarios.

La disputa de estos dos conceptos (*naturaleza y control*) es cardinal para entender la herencia kantiana en el pragmatismo. Señala controversias sobre la relación directa y la continuidad de Kant no sólo en Peirce, sino también en los otros pragmatistas, a pesar de que muchos en lugar de establecer un diálogo con el pensador de Königsberg se vieron influidos por el empirismo británico. Algunas discrepancias académicas serán atendidas en el siguiente apartado, a fin de apreciar el pragmatismo clásico como una

⁶ William James, *Pragmatismo: un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2017), 83.

⁷ Dewey, *Naturaleza humana*, 61.

filosofía de la experiencia, una nueva escuela del sentido común, así como una lógica de la indagación, que busca dejar atrás las fantasías lógicas suscitadas por pensar sin situación o sin continuidad con la realidad.

2. Las disputas académicas: crítica a las fantasías lógicas

Las disputas o controversias académicas sobre las influencias filosóficas en el pragmatismo clásico —la continuidad de Kant en Peirce, de Hume en James y de Darwin en Dewey— desprenden diferentes concepciones de experiencia, así como de acción. Obliga a los pragmatistas a cuestionar, además de la acción, los pensamientos. ¿Qué son los pensamientos?, ¿cómo se elaboran? Peirce en “The Fixation of Belief” (1877) y en “How to Make our Ideas Clear” (1878), textos fundacionales del pragmatismo, trata de dar respuesta a alguna de estas preguntas. En el primer texto, se refiere a la “indagación” como una lucha por establecer el estado de creencia y salir de la duda;⁸ en el segundo, concibe la mente como transformadora de conocimientos y no como máquina que los origina.⁹ Asimismo, Dewey aporta su versión en *Cómo pensamos: nueva exposición de la relación entre pensamiento reflexivo y proceso educativo*.

⁸ En “The Fixation of Belief”, Peirce señala: “The irritation of doubt causes a struggle to attain a state of belief. I shall term this struggle *inquiry*, though it must be admitted that this is sometimes not a very apt designation”. Peirce, “The Fixation of Belief”, 114.

⁹ Para Peirce: “Such was the distinction of Descartes, and one sees that it was precisely on the level of his philosophy. It was somewhat developed by Leibnitz. This great and singular genius was as remarkable for what he failed to see as for what he saw. That a piece of mechanism could not do work perpetually without being fed with power in some form, was a thing perfectly apparent to him; yet he did not understand that the machinery of the mind can only transform knowledge, but never originate it, unless it be fed with facts of observation”. Peirce, “How to Make our Ideas Clear”, 126.

La cuestión orilla a la bestia lógica —como fue calificado Peirce— a examinar la génesis de los pensamientos, a indagar las condiciones en las que se presentan, a analizar sus principales aspectos, así como sus efectos prácticos. Dewey adopta asimismo un punto de vista lógico para responder estas preguntas, hace de la lógica una teoría de la investigación. Peirce, en el análisis de la lógica, observa que la acción es el efecto práctico de los pensamientos, éstos, a su vez, son resultados de los signos. Peirce considera a la lógica tradicional, tautológica, abstracta, solitaria y solipsista. Estos últimos aspectos se desprenden al priorizar reglas de razonamiento. Los pragmatistas, al atender la situación, el entorno, las relaciones, así como las condiciones sociales e históricas en las que se piensa, superan a la lógica tradicional. Una lógica es asituacionista, individual y abstracta; la otra es situacionista, colectiva y concreta.

La lógica, en el pragmatismo clásico, no se reduce a reglas válidas de razonamientos; al contrario, encuentra en la interpretación de signos la posibilidad de pensar. Peirce en su revolución lógica —que comprometió una transformación de las matemáticas, así como la fundación de una nueva disciplina que denominó semiótica— ponderó los signos como los motores de los pensamientos, al punto de establecer máximas pragmáticas. En éstas niega el poder de introspección, así como la posibilidad de pensar de manera solitaria, rompe con el solipsismo cartesiano, supera también la diada nóumeno-fenómeno y desecha la lógica especulativa de Hegel.

Peirce encuentra en Descartes a un filósofo demasiado ocupado en proponer la duda como el motor de los razonamientos, al punto de olvidar que la duda no es más que una palabra escrita en un trozo de papel. En cambio, propone partir de los signos para pensar; los signos, a su vez, están constituidos por relaciones. El signo es la relación de un *representamen* con su objeto y su interpretante. En ese sentido, las relaciones sánicas son el principal aspecto para pensar. Las relaciones son dinámicas, es decir, están en movimiento, por ello la lógica de Peirce es dinámica. Para dar cuenta del movimiento perpetuo de los signos, en constante cambio y

quizá hasta en convulsión, estableció la semiosis. La disputa es sobre el aspecto naturalista de la lógica, es decir, no pensamos determinados por las leyes de la naturaleza, sino que pensamos porque nos vemos obligados a hacerlo en función de situaciones, así como de problemas concretos, reales y sociales.

Es célebre la controversia de Peirce con Descartes respecto al orden de la duda en relación con la creencia. Para el fundador del pragmatismo, la creencia es lo primero requerido para pensar, la duda es posterior a la creencia, la duda se suscita cuando la creencia se debilita. Este orden advierte que en la creencia existe conocimiento y hábito, es decir, sirve de guía a la acción. La creencia, en este sentido, es funcional y útil. La duda, por el contrario, paraliza el pensar y detiene la acción. Con este planteamiento, Peirce pretende, además, dejar atrás la duda y su aspecto fantasioso, es decir, para él la duda es una fantasía lógica encaminada a vencer demonios y no es un instrumento lógico real que sirva para instaurar la creencia. Como se ha establecido, concibe la duda sólo como una palabra escrita en un trozo de papel. La creencia, en cambio, se arraiga en organismos, crea efectos prácticos, también moldea a los organismos, los lleva a la adquisición de hábitos.

Es común pensar que los hábitos son mentales. Quizá esta idea generalizada se debe, entre otras cuestiones, al dualismo presente en la filosofía, tanto en la antigua como en la moderna; en esta última se concibe a la mente como el timón y al cuerpo como el navío. Al ser el cuerpo sólo un cascarón, un organismo, en él recaen los pensamientos que lo guían; también pesan técnicas, disciplinas, hábitos que lo moldean. El organismo, para el pragmatismo, crea hábitos; en este sentido, es la continuidad de la mente, se confunde uno respecto al otro, al punto de no haber distinción entre organismo y mente.

Peirce es un kantiano sin sujeto trascendental, es decir, sin la cosa en sí. Se aleja de la fantasía, así como de la especulación, para rescatar el realismo escolástico. Con esta doctrina no sólo revisa la lógica cultivada por los escolásticos, sino que la encuentra cercana y hasta equivalente a

la semiótica, es decir, se piensa con ayuda de los signos y a éstos se les somete a una regla de relaciones triádicas denominada semiosis. De tal manera, el signo en relación con su objeto, así como con su interpretante, desprende relaciones triádicas dinámicas, que hacen de éstas relaciones infinitas. Todo signo da qué pensar, el pensamiento empuja a la acción como el efecto práctico en el cual se expresa la verdad a la que se llega, la belleza que se obtiene, así como el bien que se procura.

La lógica como semiótica fue cultivada por Peirce con insistencia, al punto de ver en su obra el anuncio de dicha disciplina. Junto con Saussure, se le considera el padre de la ciencia del estudio de los signos. Saussure con sus *Cursos de lingüística general* anuncia la semiología, ciencia del signo no verbal, disciplina complementaria de la lingüística, ciencia del signo verbal. Para Peirce, la semiótica no tiene autonomía ni es distinta de la lógica. Los anuncios de la semiótica en un momento similar (principios del siglo xx) han suscitado muchos problemas, entre ellos desvincular la semiótica de la filosofía.

Apel, al traducir a Peirce al alemán, incorporó al canon de la filosofía alemana a un norteamericano, con ello introdujo el pragmatismo peirceano como una filosofía del sentido. *El camino del pensamiento de Charles S. Peirce* ha servido para el rescate del pragmatismo. A decir del filósofo alemán:

En Charles Peirce veía, sin embargo, a un continuador de Kant que había renovado, en el contexto del Pragmatismo americano, los fundamentos de la filosofía trascendental en general en el sentido de una semiótica trascendental (crítica del sentido). Esta transformación de la filosofía trascendental en los términos del giro lingüístico-hermenéutico o semiótico de la filosofía actual servía por aquel entonces a mis intereses, sistemáticos fundamentales por refundamentar la filosofía teórica y práctica.¹⁰

¹⁰ Karl-Otto Apel, *El camino del pensamiento de Charles S. Peirce* (Madrid: Visor, 1997), 12.

Apel ve en la obra de Peirce la posibilidad de la “reconstrucción de la filosofía trascendental”. Esta reconstrucción la hace a favor y en contra de Kant, es decir, no sólo descree del sujeto trascendental, sino que supera la síntesis como modo lógico de conocer, en especial operada en el *a priori*. A favor de Kant, a decir de Apel, porque: “No obstante, confía la fundamentación de la validez de las ‘inferencias sintéticas’ en las que se basa la investigación a una suerte de ‘lógica trascendental’, que es también una lógica normativa de la interpretación de los signos”.¹¹

Peirce, como han visto Apel, Habermas e incluso el propio Dussel, pone al servicio de la lógica trascendental las categorías de *primeridad*, *segundidad* y *terceridad*, no como modos opuestos a una lógica inmanente, sino como operadores de relaciones continuas, abiertas e infinitas en las que los signos presentes se engendran y degeneran hasta plantear hipótesis probadas en la práctica. Con ello, el tema de la verdad está en referencia a la realidad, pero en Peirce es más que referencia lo que suscita la verdad, se trata más bien de un sentimiento en el que se da la certeza, no solamente porque se puede probar o verificar, sino porque se comparte en una realidad común, es decir, es una fe social.

Apel, con ayuda de la división del signo en índices, íconos y símbolos, sostiene que los dos primeros, es decir, los índices y los íconos, son parte de las ciencias naturales, mientras que los símbolos pertenecen a las ciencias sociales o del espíritu. Esto permite, a decir de Apel, inscribir a Peirce en los debates explicación-comprensión. La semiótica planteada por Peirce no es entonces una simple teoría de los signos, sino un momento de la reconstrucción de la filosofía, sin ella (la semiótica) la filosofía quedaría estancada en un kantismo.

El pragmatismo semiótico de Peirce no es el único proyecto que llama a la reconstrucción de la filosofía, también lo hace el marxismo, así como

¹¹ Apel, *El camino del pensamiento*, 13.

el existencialismo. A ojos de Apel, estas filosofías permiten la continuidad entre teoría y praxis. El pragmatismo, al ser semiótico, es al mismo tiempo lógico y matemático —en esta disciplina Peirce propuso la lógica matemática, así como la lógica de las relaciones, la de los grafos y el álgebra de relativos—. La semiótica de Peirce, más que un proyecto paralelo a la semiología de Saussure, es un desarrollo a la par de los planteamientos de matemáticos como Boole, De Morgan, Schröder, entre otros.

La semiótica pragmática de Peirce interpretaba el problema de la comprensión del sentido en términos de interrelación social entre reglas de comportamiento y experiencia posible y, al mismo tiempo, pretendía resituar los fundamentos de la filosofía del lenguaje en una “gramática especulativa” y una “retórica”. Precisamente por esto, la semiótica peirceana tuvo que resultar tanto más actual cuanto que la “filosofía analítica” heredera del segundo Wittgenstein acabó orientándose hacia el análisis del lenguaje ordinario o, más exactamente, hacia los “juegos del lenguaje” en tanto que unidades público-institucionalmente reguladas del uso del lenguaje, de la praxis del comportamiento y de la posibilidad de la experiencia.¹²

Tanto para la filosofía especulativa, como para la ciencia empírica, la teoría se impone a la praxis, en cambio para el pragmatismo peirceano hay continuidad más que imposición e, incluso, más que oposición. La solución a la división entre teoría y praxis lleva al pragmatismo a analizar lo útil y lo funcional de la verdad; más que encontrar referencias de un concepto o término con un objeto, se trata de hallar utilidades de los conceptos para la vida. Los conceptos, en este sentido, son por su significación, por su uso. El pragmatismo de Peirce fue considerado semiótico, con lo que ello implica; en dicho planteamiento se vio el antecedente de las teorías de la verdad

¹² Apel, *El camino del pensamiento*, 27-28.

por verificación o la verdad por acuerdos, también se encontró relación con la filosofía de Nietzsche.

Peirce se nutre también de los escolásticos, de las discusiones y los avances que tuvieron en lógica y que siglos después se olvidaron o fueron omitidos. Peirce propuso, junto con Edmund Husserl, la fenomenología, a la cual tiempo después llamó *faneroscopia*. Tuvo, de igual manera, coincidencias con matemáticos respecto a sus avances en dicha disciplina; quizá con quien más concordó fue con Frege. En ninguna de estas coincidencias tuvo reconocimiento, hoy se sigue desarrollando la semiología por encima de la semiótica, se identifica a Husserl como el fundador de la fenomenología, a Frege como el padre de la lógica contemporánea. Parece que Peirce está destinado, un siglo después de su muerte, a ser una reliquia filosófica, un autor de culto para algunos que quieren fuentes en las cuales encontrar aún tesoros que no han sido del todo saqueados.

El fundador del pragmatismo contribuyó con su comportamiento, así como con sus textos oscuros, según algunos de sus biógrafos, a su poco éxito académico. Fue profesor de lógica, por pocos años, en la Universidad Johns Hopkins; se retiró de los ámbitos académicos a los que alguna vez perteneció, se aisló al punto de ser un ermitaño. Eso quizá sea menor comparado con el desacuerdo que tuvo con quienes siguieron su doctrina, en especial con James. Cambió el nombre de pragmatismo por pragmaticismo, redactó diferentes versiones de su máxima pragmática, señaló en múltiples ocasiones su deuda con Kant. El pragmatismo, más allá de ser fundado por un filósofo que en vida tuvo accidentes académicos o bien anunció otras ciencias, debe entenderse, tal vez, como un kantismo sin sujeto trascendental.

En este marco, el entendimiento del pragmatismo es en relación con Kant, pero sin los artilugios formales que éste heredó a la filosofía. Artilugios como: duda, sujeto trascendental, absoluto, *a priori*, síntesis, son abandonados por el pragmatismo por ser considerados fantasías, así como por propiciar quimeras y hacer de la filosofía un instrumento so-

fisticado que llega a confundirse con magia o hechicería, pero no con ciencia. Peirce, además de filósofo, fue científico en toda la expresión de la palabra. Como científico supo que si algo es verdadero es porque es capaz de someterse a pruebas, así como a experimentación.

La experiencia permite superar las fantasías lógicas, posibilita soluciones reales a problemas reales. Además, la distinción entre la filosofía como ciencia y la filosofía como magia o hechicería es que, en estas últimas, las técnicas son operadas por hombres solos, que encuentran a incautos para envolverlos; de igual modo, son estrategias de solitarios, que cautivan a presas fáciles que quieren o necesitan ser convencidas de que algo es verdad sin que necesariamente lo sea. En cambio, la ciencia es un trabajo de colaboración, de intercambio, de cooperación, así como de comunicación, en donde se pone en juego no la seducción sino la experiencia.

Al ser una filosofía que gira en torno a la acción, el interés es conocer lo que suscita la acción y no la acción misma. En esta visión práctica se ve una filosofía instrumental, pero también una transformadora. Sobre el carácter transformador a partir de la acción de la realidad, las colindancias son con la Escuela de Frankfurt. Sin embargo, hay más diferencias que similitudes entre estas dos corrientes filosóficas. La Escuela de Frankfurt recibe de Marx, más que de Kant, la necesidad de abordar la acción como modo de transformación social. Con Marx, la crítica es al capitalismo; en cambio, con Peirce, es al conocimiento teórico. Esto no quiere decir que el pragmatismo sea una filosofía conservadora. Al contrario, la filosofía norteamericana busca la utilidad y la función de los conceptos, así como modos inteligentes de resolver problemas a partir de comprender la experiencia presente en la acción. En el siguiente y último apartado se analizará la experiencia y la acción en relación con la creencia.

3. Experiencia, acción y creencia: sobre el sentimiento de racionalidad

William James, como se ha visto, fue el responsable de difundir la filosofía fundada por Charles Sanders Peirce. Dicha difusión no contempla la obra íntegra de Peirce, sino tan sólo aquella en la que el lógico de Johns Hopkins habla de pragmatismo, en especial sus textos sobre la creencia, así como sus máximas pragmáticas. James vio en Peirce a un pragmatista con fuertes influencias británicas. Quizá, por ello, el concibió al pragmatismo como empirismo radical. La formación de James fue en medicina, mientras que la de Peirce, en química. Las discusiones entre ambos se dieron en el marco del Club Metafísico de Boston, hacia la década de 1870. Los debates que se llevaron a cabo en ese club fueron de diferente índole, pues no todos los miembros eran filósofos ni científicos, la mayoría eran juristas e, incluso, literatos.

Lo que quizá dio unidad al club fue la discusión en torno al carácter práctico de la ciencia, así como de la lógica. Se cultiva la lógica por abducción, así como la lógica *utens*, por ser ésta la equivalente, según Peirce, al *habitus*, es decir, nos dispone a la acción. “Y en la raíz de las prácticas siempre hay disposiciones a actuar de determinada manera: *hexis* (*habitus*, diría Peirce empleando la palabra latina) que señalan informalmente cómo actuar cuando se desea forzar al otro a aceptar una proposición que previamente había rechazado”.¹³

En el pragmatismo se prioriza la lógica *utens* por encima de la lógica *docens*; se atiende, de igual forma, el argumento por abducción, más que por deducción o inducción, y finalmente se distingue entre argumento y argumentación. Lo que está en juego en estas diferencias y conside-

¹³ Luis Arenas, “El mundo como voluntad de representación (Apuntes sobre la herencia kantiana en el pragmatismo)”, en *El retorno del pragmatismo*, ed. Luis Arenas, Jacobo Muños Velga y Ángeles Jiménez Perona (Madrid: Trotta, 2001), 34.

raciones es la creencia. El pragmatismo es, en esencia, una filosofía de la creencia, de la fe fundamentada. El pragmatismo, al ser una filosofía de la creencia fundamentada, es también una filosofía de la experiencia. La creencia está fundamentada en la experiencia. Tanto una como otra —creencia y experiencia— son sometidas por el pragmatismo clásico a la lógica. Por ello, muchos autores contemporáneos prefieren hablar del pragmatismo como lógica de la experiencia.

Peirce considera a la lógica como ciencia formal de las condiciones de verdad de las representaciones. La experiencia es un término técnico que quizá, en el pragmatismo, sirve para designar la continuidad con el azar. Esta continuidad puede entenderse de diversas maneras, una de ellas es en relación con la realidad. La realidad es una interpretación práctica de los signos. La mente misma, encargada de la interpretación de la realidad, es asimismo un signo. Como tal, se somete a las leyes de la inferencia. La creencia es el punto de partida del conocer, en “Questions Concerning Certain Faculties Claimed for Man” (1868) Peirce desarrolla esta idea. Sostiene que toda cognición está determinada por una anterior. Esto es así porque la refutación de la cognición la da la experiencia.

En este sentido, la verdad es una opinión final susceptible de cambiarse por el proceso de investigación, el cual es abierto, falible y continuo. Estos rasgos son parte de un proyecto de la lógica denominada socialista y cultural. La lógica tradicional, opuesta a estos rasgos, presupone un individuo capaz de razonar en solitario con ayuda sólo de su mente; de trasfondo en la lógica clásica está un sujeto separado de su historicidad, de su sociedad, así como de su cultura. La verdad, así como los razonamientos, tiene sentido no por un poder de pensar, sino por una utilidad en relación con la vida, ésta, además, es social, comunitaria, cultural e histórica. La vida es el gran tema de la lógica propuesta por el pragmatismo, en ella no sólo se desarrollan dramas, también se suscitan acciones en relación con otros individuos, se dan interacciones. Lecturas más contemporáneas respecto al pragmatismo clásico señalan que el interés

de dicha filosofía no es la acción, sino la interacción, no es el yo sino el nosotros, no es la mente sino el signo.

Lo que está en juego es una nueva concepción de conciencia, no en términos individuales, como asume la tradición filosófica, sino más bien una conciencia comunitaria. El carácter comunitario de la conciencia lleva a entenderla en términos lingüísticos. Por ello, el pragmatismo es cercano, al mismo tiempo, a los planteamientos de Nietzsche y a los de Wittgenstein, con este último comparte además las nociones de *forma de vida* y *juegos de lenguaje*. Verdad y falsedad, en este sentido, no son más que palabras cuyo significado se da en la praxis. Con todo y este parecido, ni Nietzsche ni Wittgenstein se consideran pragmatistas, en especial en cuanto a la verdad en relación con lo útil. Lo que sí resulta similar son las reglas de uso del lenguaje que interesan a estos filósofos. Más allá de la adhesión de Peirce a la filosofía alemana, en especial al idealismo de Kant, así como a la filosofía británica, bien recibida por James y Dewey, en los tres se encuentran núcleos temáticos comunes para rescatar y trabajar en ellos.¹⁴

En las conferencias de 1909 tituladas “El significado de la verdad”, James concibe el pragmatismo como un método. Esta idea ya está en Peirce, pero James la extiende, como lo indicó Dewey en *La miseria de la epistemología*, a la naturaleza de la verdad. En este desarrollo se aprecian las herencias alemanas y británicas mencionadas. No sólo se trata de un empirismo renovado, es también una nueva concepción de experiencia,

¹⁴ Bernstein ha señalado, en diversos textos, entre ellos: *El giro pragmático*, cómo el exilio de filósofos alemanes a las principales universidades de Estados Unidos incentivó la filosofía de corte analítico. Con ello, el pragmatismo, en especial el de Peirce, se consideró como parte de la historia de la filosofía, pero no como filosofía viva. “Después de la Segunda Guerra Mundial, durante un período de rápido crecimiento de las universidades en Norteamérica, la filosofía académica en los Estados Unidos fue completamente transformada (excepto algunos focos de resistencia). Virtualmente cada importante departamento universitario considerado «respetable», se reconfiguró en el nuevo espíritu de severa filosofía analítica lingüística”. Bernstein. *El giro pragmático*, 13-1413

distinta a una recolección de datos a través de los sentidos. La experiencia no está separada de la realidad. La conciencia, de igual modo, no existe aparte de la realidad. La experiencia es dinámica, como se ha dicho; a los ojos de James, también es interactiva y procesual.

Las conferencias de James de 1906 en el Lowell Institute de Boston, y de 1907 en la Universidad de Columbia en Nueva York, son a su vez fundacionales del pragmatismo; así como los *Studies in Logical Theory* de Dewey. Para el pragmatismo clásico, el pensamiento es la solución a una situación social, es decir, los otros son integrados en la reflexión filosófica, así como la interacción, la práctica, la personalidad desprendida de los hábitos. La historia de la filosofía, para James, está marcada por el temperamento de los que la hacen. Identifica dos temperamentos opuestos —el blando y el rudo—, en esta medida el pragmatismo se presenta más como un método que rompe con los dualismos, así como con las disputas que son inútiles.

El pragmatista le da la espalda resueltamente y de una vez para siempre a una gran cantidad de hábitos inveterados de los filósofos profesionales. Se aleja de abstracciones e insuficiencias, de soluciones verbales, de malas razones *a priori*, de principios fijos, de sistemas cerrados y pretendidos absolutos y orígenes. Se vuelve hacia lo concreto y adecuado, hacia los hechos, hacia la acción y el poder. Esto significa el predominio del temperamento empirista y el abandono del temperamento racionalista. Significa el aire libre y las posibilidades de la naturaleza contra los dogmas, lo artificial y la pretensión de finalidad en la verdad.¹⁵

La experiencia, para James, es de tipo religioso, es decir, anticipa el futuro. James es empirista, instrumentalista, pluralista y funcionalista en su pragmatismo, está en desacuerdo con la determinación de la naturaleza

¹⁵ James, *Pragmatismo*, 86.

en la experiencia, así como en la acción. Con la nueva psicología de la que él forma parte se plantea una sofisticada renuncia a posiciones orgánicas del cerebro como factor determinante en la conducta humana. Lo que hay son intercambios, adaptaciones, formas inteligentes de los organismos denominados inferiores por crear nuevas rutas, así como distintas respuestas que no sean meros reflejos o reacciones automáticas.

La relación de la creencia con la experiencia, así como con la acción, no siempre ha sido en una sola perspectiva pragmatista. Charles Sanders Peirce ponderó la lógica para comprender estos temas, concibió la creencia contraria a la duda cartesiana, con ello rompió un solipsismo predominante en la filosofía moderna. Entendió la experiencia como el significado de la creencia, y la acción la concibió como consecuencia práctica de la misma. El seguidor de estos planteamientos, William James, incorporó una reflexión psicológica, lo cual supuso un quiebre con Peirce, entre otras cosas porque, al relacionar creencia con experiencia y con acción en términos lógicos, se descarta la psicología presente en la ciencia y en la filosofía modernas. Al despsicologizar a la lógica, se incorporan la acción y la experiencia en lo social y comunitario. James integró el análisis de lo religioso en la creencia, la experiencia y la acción, al punto de fundar la psicología de la religión y adherir su pragmatismo a la filosofía de la ciencia, así como a la filosofía de la religión.

La ciencia moderna, en muchas perspectivas, relegaba la religión; esto no sucedió con el pragmatismo. Pensadores como Peirce, James y Dewey rechazaron en sus formulaciones científicas un carácter secular, es decir, continuaron con la tradición religiosa de su país, pero sin el dogma. Quizá, lo más relevante del tratamiento religioso en los tópicos mencionados es el rechazo a la secularización, que la ciencia moderna y el proyecto ilustrado impusieron como supuestas reglas para separarse de la sacralización que imponía dogmas, creencias ciegas, experiencias insanas —calificadas como experiencias religiosas o delirantes—, así como acciones que imitan las realizadas por mesías.

Más que continuar con el carácter dogmático, lo que el pragmatismo rescató de la religión fue su aspecto social. Esta posición del pragmatismo conlleva alejarse de una concepción positivista de la experiencia como los “*sense-data*”, evitando, por tanto, el dogmatismo. Si la experiencia son los simples datos de los sentidos, éstos estarían sometidos a asociaciones propias de la mente, parecerían títeres en manos de un titiritero. El pragmatismo rompe con esta visión positivista al proponer la experiencia en términos dinámicos, lógicos, sociales, culturales, históricos e incluso religiosos. Por ello, cuando se estudia la experiencia, hay que atender estos últimos términos, de otro modo se reduce la experiencia a lo señalado por los positivistas. La certeza como dogma, propia del mundo medieval-religioso, pretende ser parte del pasado; la incertidumbre, quizá como su opuesto, se instaura con el mundo moderno-científico, el cual se desacraliza en oposición al mundo que le antecede. La ciencia dota de incertidumbre al mundo, lo vuelve lógico, es decir, racional, al mismo tiempo le otorga un carácter contingente. El mundo mágico, si bien no desaparece, se desacraliza.

El pragmatismo americano no trata de re-sacralizar o re-encantar la cultura. Lo que intenta es salvaguardar el contenido ético de la religión partiendo de una noción de experiencia mas amplia y radical, atenta a aspectos volitivos, afectivos, emotivos y pasionales, y radicada en la incertidumbre y la fragilidad o precariedad de la existencia humana. Nada mas ajeno pues al pragmatismo que la antirreligiosidad del cientificismo. El pragmatismo intentará rescatar el contenido ético de lo religioso de dos modos: incorporando esa precariedad e incertidumbre como un rasgo genérico de la experiencia e interpretando la creencia religiosa, como toda otra creencia, en términos de acción.¹⁶

¹⁶ José Miguel Esteban, “Creencia y acción en la Filosofía Pragmatista de la Religión”, *Tópicos, revista de filosofía*, vol. 19, núm. 1 (2013): 57, DOI 10.21555/top.v19i1.335.

La experiencia adquiere una nueva concepción. Ya no es, como se señaló líneas arriba, el nombre técnico para designar a los datos sensoriales, que sirven para conocer el mundo, en asociaciones mentales; ahora la experiencia es lo esperado de cualquier individuo que pretenda conocer el mundo sin que éste le sea ajeno, es decir, el mundo es la continuidad de la experiencia y no la representación mental iniciada por los sentidos.

Al proponer esta nueva concepción, el pragmatismo no crea algo inédito, más bien recoge la tradición de los evangelios, la cual señala, entre otras cosas, que la manera en la que se actúa es como se piensa. La expresión “por sus frutos los conoceréis” recogida en la máxima pragmática conlleva un carácter religioso de la lógica. Esta máxima, propuesta por Peirce para resolver problemas de investigación, señala el carácter no secular de su lógica.

La acción, por tanto, elimina la incertidumbre, concreta la certeza que se encuentra como hipótesis en los pensamientos, en las creencias, así como en los hábitos. La acción garantiza que el mundo sea uno con el pensamiento, que no exista oposición, contradicción ni misterio. Dicha garantía se da en la ley del amor al prójimo que instauró la religión, esa ley se traslada, en el pragmatismo clásico, a la lógica, ésta enseña a demostrar no sólo formas de razonamientos correctos, pertinentes y válidos, sino también a cultivar el amor por un pensamiento.

Para el pragmatismo clásico, la experiencia es el nombre técnico para designar al conjunto de relaciones reales o no, aisladas o conjuntas, personales o comunitarias, que permiten creer en algo. En la filosofía norteamericana, la creencia tiene también un aspecto místico. Es común leer en los pragmatistas la noción de experiencias místicas y religiosas. A diferencia de la experiencia mística que refiere a visiones, es decir, a revelaciones, en el pragmatismo dicha experiencia alude a la unión con el mundo. Peirce nombró esta unión en su *agapismo*. El amor a una creencia se extiende al prójimo, pareciera que creencia y prójimo (yo-no-sotros) son equivalentes en Peirce, como lo fue la duda y yo (yo-ustedes) en Descartes.

Pensamiento y prójimo señalan el compromiso social de la incertidumbre, ésta crea, cuando se supera con la creencia, confianza, seguridad, tranquilidad; rasgos, por lo demás, del amor cristiano. Para los pragmatistas, en especial para Dewey, a decir de José Esteban, el origen de lo religioso tiene vínculo con el origen de la experiencia humana, cómo ésta intenta superar el desconsuelo. El pragmatismo rescató este origen al quitarle el carácter sobrenatural a lo religioso y logró conservar su aspecto moral de responsabilidad hacia el prójimo. Quizá las *ciencias normativas* propuestas por Peirce conservan este aspecto religioso. “Lo religioso es la expresión de la dependencia del hombre con respecto al mundo social y a la naturaleza”.¹⁷

La noción de experiencia religiosa tan examinada por el pragmatismo norteamericano tiene que mirarse como una bisagra de un mundo medieval, en cuanto a un mundo moderno, en donde se pasa de lo sagrado a lo profano. Este paso también se da en la ciencia, la cual, al comprender la realidad como presente, rescata en el presente el pasado, pero no como justificación de algo que pasó y es inamovible, que permite la comprensión del presente como resultado del pasado, sino como algo dinámico en el sentido en que el pasado, cuando se trae al presente —no puede quizá ser de otra manera—, se trae en presentes distintos, de diferentes maneras. El pasado, con ello, es distinto, de igual manera que el presente lo es. El concepto que introdujo George Herbert Mead en su texto *La filosofía del presente* para entender estas distinciones es *emergencia*.

James en *La voluntad de creer* expone la noción de *sentimiento de racionalidad*, con ello cuestiona el sentido de la filosofía.

¿Cuál es la tarea que se proponen realizar los filósofos? ¿Y por qué filosofan?

Casi todo el mundo responderá inmediatamente: desean alcanzar una

¹⁷ Esteban, “Creencia y acción”, 67.

concepción de la estructura de las cosas que sea en conjunto más racional que la perspectiva en cierto modo caótica que todo el mundo lleva por naturaleza bajo el sombrero. Pero supongamos que se alcanza esta concepción racional: ¿de qué modo podrá reconocerla el filósofo como tal, y no dejarla escapar por ignorancia? La única respuesta posible es que reconocerá su racionalidad del mismo modo que reconoce todo lo demás, por ciertas marcas subjetivas de la forma como le afecta. Cuando se den estas marcas, sabrá que ha encontrado una perspectiva racional.¹⁸

La noción de sentimiento de racionalidad nos dota, a decir de James, de tranquilidad, paz, seguridad, serenidad y bienestar. Dicho sentimiento nace de algo. En el mundo medieval ese sentimiento se obtenía en la religión. El paso de un mundo a otro trajo consigo la continuidad del sentimiento de certidumbre, sólo que en lugar de pensar en Dios como su fuente, se le dio ese lugar a la razón. Así, un sentimiento racional no es ajeno a un sentimiento religioso. El imperante positivismo de finales del siglo XIX separó un sentimiento del otro. James, como parte del pragmatismo clásico, analiza los rasgos de ambos sentimientos.

Creer, en sentido religioso, instaura un sentimiento, así como una emoción en algo. Esa emoción guía la conducta de los hombres. La vida moderna escindió el sentimiento racional de la emoción religiosa, al primero lo dotó de valor, a la segunda la calificó de personal e íntima; uno es público y se somete al escrutinio, la otra se guarda en el ámbito de la fe privada que se esconde para no desatar polémicas en el orden social.

La función que cumple el sentimiento religioso es vital para reparar las conductas que se vuelven en contra de quienes las realizan; se vuelven pasionales, es decir, pasivas. Se deja en manos de un ser superior y tras-

¹⁸ William James, *La voluntad de creer y otros ensayos de filosofía popular* (Barcelona: Marbot, 2009), 105.

cendental la conducción de las acciones. El hombre deja de ser dueño de sí, pierde el control de sus apetitos, se vuelve un ser débil, se somete al exceso, pierde todo sentido común y de razón al pensar su cuerpo en términos intocables, su yo también se ve afectado, se escinde; es otro en el exceso y el despilfarro. El yo escindido lo mismo se suscita en la debilidad por los apetitos que en la experiencia religiosa.

En la Conferencia VIII: “El yo dividido y su proceso de unificación”, de *Las variedades de la experiencia religiosa*, William James rescata la idea de *homo duplex* propuesta por Alfonse Daudet.¹⁹ James sostiene: “La primera vez que me di cuenta de que yo era dos fue cuando murió mi hermano Henri y mi padre gritó dramáticamente: ‘¡Se ha muerto, se ha muerto!’. Mientras mi primer yo lloraba, el segundo pensaba: ‘Qué real ha sido ese grito, qué bien quedaría en el teatro’. Tenía catorce años...”.²⁰ La experiencia religiosa, así como la mística, conducen a la verdad, casi una revelación o una epifanía en donde el ser se encuentra con la verdad; una verdad, además, experimentable, real, concreta, con carácter de conversión para quien tiene ese encuentro. La verdad por correspondencia, la verdad por adecuación o la verdad por demostración pasan a ser parte del cientificismo del siglo XIX. No quiere decir, por otro lado, que la verdad religiosa sea un progreso del siglo XX; más bien, la verdad nacida de la experiencia religiosa es una idea muy antigua que los pragmatistas intentan rescatar y sistematizar. William James insistió en concebir el pragmatismo como un método por el cual se atienden temas viejos con conceptos aparentemente nuevos.

¹⁹ James describe experiencias religiosas documentadas como experiencias insanas. *Las variedades de la experiencia religiosa*, publicado en 1902, analiza quizá el texto más célebre sobre el tema, a saber, *La rama dorada*. En éste, su autor, el antropólogo escocés James George Frazer, ve la magia como una forma de conocer precientíficamente. El debate se remonta más atrás, quizá con el texto de San Agustín “De la utilidad de creer”.

²⁰ William James, *Las variedades de la experiencia religiosa* (Barcelona: Península, 1994), 80.

Conclusiones

El pragmatismo clásico tiene múltiples vicisitudes, entre ellas la concepción de experiencia y acción, así como las herencias filosóficas recibidas o bien reelaboradas o rechazadas de manera tajante. La lógica del pragmatismo es normativa, al mismo tiempo es metódica de la investigación científica, también una herencia de Kant, pero sin sujeto trascendental. De igual modo, es una doctrina renovada del sentido común, así como un realismo crítico del sentido. Estas características se desarrollan en cada uno de los miembros del pragmatismo clásico con particularidades que se requiere profundizar. James da a conocer el pragmatismo elaborado por Peirce en 1898, a partir de esa fecha se suman otros filósofos; los más destacados son: Dewey, Mead, Royce, Lewis, así como Morris. Matemáticos como Boole, De Morgan, Schröder, comparten los descubrimientos de Peirce sobre lógica, los cuales ayudan a salir del estancamiento en que se encontraba dicha disciplina.

El pragmatismo, entonces, más que la filosofía con énfasis en lo práctico, o una teoría de la verdad es, ante todo, una elaboración compleja de la experiencia y la acción. La experiencia permite salir del embrollo en el cual Kant había metido a la filosofía al creer en lo *a priori*. La verdad no es lo *a posteriori*, pero se debe a la experiencia, en gran medida porque encuentra en ella el valor de lo práctico, es decir, la posibilidad de la contrastación, de lo útil y funcional.

El pragmatismo también se puede entender como una posible salida a la filosofía de la conciencia; así como la reconstrucción de la filosofía a partir de la reflexión por el sentido y una crítica de la interpretación. Con ello, el tema central de la filosofía no es la conciencia solitaria, sino la comunidad de intérpretes. James propone la verdad como un acuerdo sobre el significado de una idea, es decir, es la creencia compartida y justificada sobre lo que es real. James invierte la máxima hegeliana de que todo lo real es racional y todo lo racional es real, por la de todo lo real es práctico y todo lo práctico es real. Peirce ya había señalado que la

experiencia solitaria, es decir, la que no se comparte, es alucinación. En el pragmatismo se insiste en que la experiencia no es mía, sino nuestra. La experimentación que adopta el pragmatismo clásico permite, en la nueva filosofía, abandonar la trascendentalidad, así como la especulación, el solipsismo, la teoría y el carácter abstracto y contemplativo de una disciplina que se vio sometida a estos rasgos por más de veinticinco siglos.

Referencias

- Apel, Karl-Otto. *El camino del pensamiento de Charles S. Peirce*. Madrid: Visor, 1997.
- Arenas, Luis. “El mundo como voluntad de representación (Apuntes sobre la herencia kantiana en el pragmatismo)”. En *El retorno del pragmatismo*, editado por Luis Arenas, Jacobo Muños Velga y Ángeles Jiménez Perona, 39-58. Madrid: Trotta, 2001.
- Bartra, Roger. *El duelo de los ángeles: locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno*. Valencia: Pre-Textos, 2004.
- Bernstein, Richard. *Praxis y acción: enfoques contemporáneos de la actividad humana*. Madrid: Alianza, 1979.
- . *El giro pragmático*. Barcelona: Anthropos/UAM-I, 2013.
- Dewey, John. *Naturaleza humana y conducta: introducción a la psicología social*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- . *Cómo pensamos: nueva exposición de la relación entre pensamiento reflexivo y proceso educativo*. Barcelona: Paidós, 1989.
- . *La miseria de la epistemología: ensayos de pragmatismo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
- Esteban, José Miguel. “Creencia y acción en la filosofía pragmatista de la religión”. *Tópicos, revista de filosofía*, vol. 19, núm. 1, (2013): 51-70. DOI: 10.21555/top.v19i1.335.
- James, William. *Las variedades de la experiencia religiosa: Estudio de la naturaleza humana*. Barcelona: Península, 1994.
- . *La voluntad de creer y otros ensayos de filosofía popular*. Barcelona: Marbot, 2009.
- . *Pragmatismo: un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2017.
- Kant, Immanuel. *Antropología en sentido pragmático*. Ciudad de México: FCE/UAM-I/UNAM, 2014.